

## Ética para un rostro de arena

**Rodrigo Castro Orellana: *Foucault y el cuidado de la libertad. Ética para un rostro de arena*. Santiago de Chile, Editorial LOM, 2008, 532 págs.**

Hace más de veinte años que murió Michel Foucault y su obra, todavía hoy, parece multiplicarse gracias a la reciente aparición de documentos inéditos, a la transcripción de sus últimos cursos del *Collège de France* y a la bibliografía secundaria que no cesa de aumentar. Sin que pueda hablarse de una corriente de pensamiento, podemos encontrar aplicaciones de su obra y de su trabajo en los frentes más variados, desde la filosofía misma hasta la sociología, la política o la antropología. El escándalo filosófico que provocaron algunas de sus principales obras ha quedado silenciado y se comienza a leer su tarea no como el producto de una época radical y posmoderna, sino como una lenta y sólida contribución a la disciplina del pensamiento. Leer a Foucault rigurosamente parece ser una ardua tarea que tan sólo ahora, tras la publicación de la casi totalidad de sus textos inéditos, puede ser realizada sin excesivo riesgo. Desde 1994, con la aparición de los *Dits et Écrits*, se comienzan a cubrir los puentes que separan las diferentes temáticas foucaultianas, especialmente con respecto a la última parte de su obra, la consagrada a la sexualidad y la ética. Además, en estos últimos años, la publicación de los cursos del *Collège de France* nos permite acceder a su laboratorio de ideas, al modo en que se hilvanan las temáticas y los problemas, procurándonos así una perspectiva privilegiada del sentido y dirección de su trabajo.

De este modo, gracias a la relectura de su obra a la luz de los inéditos y al progresivo abandono del prejuicio contra los pensadores post-nietzscheanos, parece que desde hace algún tiempo la meteorología filosófica está cambiando y desde la academia comienza a mostrarse un interés creciente en los asuntos foucaultianos. Quizás con el agotamiento del modelo liberal de pensamiento se comienza a plantear preguntas que nos remiten a la contestación del 68, a la batería de interrogaciones, cauciones y avisos que Foucault puso sobre la mesa del pensar. Y, desde esta perspectiva, puede sentirse un renovado interés por los temas que Foucault escanció a lo largo de sus obras: la locura, la prisión, el poder, la sexualidad, la ética. Temas que no son menores, temas que, para Foucault, son elementos claves a la hora de plantear la pregunta rigurosa por el presente. El libro que aquí nos ocupa es sintomático de este cambio. Rodrigo Castro, desde un profundo conocimiento de la obra e historiografía foucaultiana, nos presenta una reflexión rigurosa que no pretende tan sólo la reintegración del pensamiento de Foucault en la academia, sino que aspira legítimamente a cumplir con esa máxima que libraba a Foucault de la parálisis: pensar de otro modo. Rodrigo Castro nos ofrece una sólida lectura de la obra foucaultiana que no se agota en la mera recopilación de datos y obras, que evita los lugares comunes y que pretende realizar con Foucault aquello que Foucault realizaba con otros pensadores (Nietzsche,

Marx o Heidegger): utilizarlo, convertirlo en una caja de herramientas válidas para habérmolas con nuestro presente.

La tarea ante la cual nos emplaza esta *Ética para un rostro de arena* no es sencilla. Implica, en primer lugar, tomar abrigo bajo el impulso foucaultiano, es decir, una utilización programática de su gesto. En segundo lugar, desarrollar una lectura de su obra que integre sus diferentes etapas y cambios de temática: utilización heurística. Y, en tercer lugar, implica la designación –de acuerdo con la lectura previamente presentada- de las herramientas válidas que, en el aquí y el ahora, es posible utilizar para pensar el presente, es decir, un enfoque praxeológico. Es necesario decir que *Foucault y el cuidado de la libertad. Ética para un rostro de arena* cumple sobradamente estos objetivos. Sin embargo, para fijar convenientemente el alcance de este texto que aquí presentamos, debemos recorrer brevemente el modo en que Rodrigo Castro encara, aunándolos, el impulso programático, el heurístico y el praxeológico.

Quizás el elemento definitorio de este texto, muestra del riesgo y del acierto de la reflexión, es la concepción del ensayo y de la vida filosófica que toma abrigo bajo la concepción foucaultiana del pensar. Una concepción nada complaciente, que Rodrigo Castro asume como propia y que le lleva a trazar un puente entre ensayo, experiencia transformadora, pensamiento y libertad. Nos dice Foucault que la función del ensayo filosófico no es mostrar las respuestas a las preguntas, sino experimentar, transformar el propio pensamiento de tal modo que, después de escribir un libro, uno sea otro. Se ensaya una transformación de sí que nos remite a uno de los sentidos más puros del pensar. Pensar es cambiar el umbral de mirada y, de este modo, el pensamiento va a estar íntimamente ligado a la vida. Pensar es transformarse, ser de otro modo. Y ese pensar de otro modo se convierte, a su vez, en un oxímoron: el pensamiento debe, necesariamente, transformar. Y transformar no quiere decir llegar a la verdad de uno mismo, sino desasirse de ese uno mismo, una tarea de des-subjetivación: ser otro. Pensar de otro modo es ser de otro modo, y esa transgresión de la subjetividad clásica es una labor ética, una tarea consistente en cuidar la propia libertad. Porque, nos dice Rodrigo Castro en uno de los capítulos más certeros de su libro (capítulo IX), pensar es perder el rostro y perder el rostro es avanzar en el arduo camino de la libertad de acuerdo con una nueva concepción ética y política que nos provea de una nueva subjetividad alejada de la clásica. Con ello, este *Foucault y el cuidado de la libertad* posee su impulso programático en el lazo que el último Foucault tiende entre transgresión, pensamiento, subjetividad y ética. Este impulso le permite a Rodrigo Castro unir el gradiente más nietzscheano de Foucault – ese perder el rostro a martillazos- con el Foucault más analítico. De la unión entre el arqueólogo y el genealogista nace el filósofo preocupado por los caminos de la ética y de la libertad, por una apuesta positiva de conformación de sí. No es esta la única lectura posible del impulso programático foucaultiano (cabría destacar, entre otros, el enfoque experiencial, el político o el historicista), pero es una lectura que nos ofrece una perspectiva comprensiva de la obra foucaultiana y, al mismo tiempo, se centra en la positividad

de una propuesta alternativa al imperio del poder, de lo mismo, al desierto circular que envuelve a ese último hombre que, contra Nietzsche, ya no puede permitirse el lujo de creer. Es éste uno de los caminos menos transitados en la historiografía foucaultiana (quizás demasiado centrada en el saber y el poder) y, en él, Rodrigo Castro se mueve con soltura, siendo los capítulos dedicados a la propuesta de una nueva subjetividad los más logrados del texto. Una vez los apoyos historiográficos desaparecen, la voz de Rodrigo Castro se hace más presente y nos ofrece una reflexión que comienza, poco a poco, a alejarse de la foucaultiana y a adentrarse en nuestro presente. Con ello, *Foucault y el cuidado de la libertad* no es un libro que pretenda sellar una lectura determinada de Foucault a través de la recopilación de material enciclopédico, sino que trata de utilizar a Foucault para ensayar un modo de encajarlo con nuestro presente. No se trata de convertirse en Foucault, de hacer sagrada su palabra, sino de *transformar* a Foucault.

Con este enfoque programático ya sellado, podemos afirmar que *Foucault y el cuidado de la libertad* nos muestra una potente composición heurística que nos lleva a recorrer las diferentes obras foucaultianas y el contexto filosófico que las acompaña para, acertadamente, hacer desembocar su labor filosófica en la cuestión ética. Evitando la consabida división por etapas de Dreyfus y Rabinow, Rodrigo Castro realiza una lectura sincrónica de la obra foucaultiana, y para ello utiliza una batería de material historiográfico que muestra su excelente conocimiento de la materia. El texto orbita alrededor de la cuestión del sujeto, clave de referencia de las principales obras foucaultianas. El despertar del sueño antropológico de *Las palabras y las cosas*, la batalla contra la subjetividad de *Historia de la locura* y de *Vigilar y Castigar* y, finalmente, la inmersión en el presente a través de la genealogía son los ejes alrededor de los cuales Rodrigo Castro construye su lectura de Foucault conducente a la reflexión ética, proponiendo así una equidistancia entre sincronía y diacronía heurísticas atractiva y convincente. Quizás, contra esta lectura, pueda argumentarse el extraño caso de *Historia de la locura*, obra que no parece encajar en ninguna heurística posible por su carácter de drama metafísico y que parece reclamar una singularidad propia, como un acontecimiento en el seno de la propia obra de Foucault, o las incursiones foucaultianas en la literatura de mano de Bataille, que parecen abismarse en el concepto del exceso. Sin embargo, Rodrigo Castro integra todo ello en las batallas contra la subjetividad, salvando un posible problema interpretativo a través de un meticuloso análisis de las cauciones metodológicas que utiliza Foucault: arqueología y genealogía, es decir, ontología del presente. Locura, prisión y sexualidad como los temas privilegiados para realizar una ontología de eso que somos. Con el objetivo de ser de otro modo. Una ontología del presente realizada para, precisamente, des-decir el presente: transformarlo. Y, con vistas a delimitar el carácter y el sentido de esta transformación del presente, Rodrigo Castro nos presenta, en un soberbio capítulo titulado 'En los límites del mar', el tránsito de la sujeto a la subjetivación, es decir, el tránsito hacia la ética, verdadero núcleo de este libro y, si estamos de acuerdo con su lectura, corolario necesario de la reflexión foucaultiana.

Hasta mediados de los años 70 Foucault había centrado sus análisis de la subjetividad en la denuncia de los mecanismos de poder y saber que nos construían una identidad normalizada. De este modo, el sujeto no era sino el resultado de una batalla perdida por el sí mismo, una producción de los dispositivos saber-poder realizada, fundamentalmente, a través de las disciplinas y el orden del discurso. Sin embargo, a partir de 1976, en su curso *Hay que defender la sociedad*, Foucault comienza a percibir un nuevo tipo de poder que no funciona mediante la producción de sujetos individuales, sometidos y útiles, sino que se ocupa de la población, funciona a través de mecanismos como la estadística y las políticas administrativas y posee como máximas fundamentales la seguridad de la especie. Se trata del biopoder, tránsito del poder de matar al poder de hacer vivir. El modelo del biopoder, modo de ejercicio del poder en la época liberal, es analizado morosamente por Foucault en los cursos del *Collège de France* de los siguientes años y resulta esencial a la hora de entender la propuesta ética foucaultiana. La constatación de que existe un biopoder que actúa sobre la subjetividad en tanto inserta en la población impide que la llamada a la resistencia propia de la lucha contra el poder disciplinario sea suficiente. Es necesario fijar la resistencia, desconfiar, como el mismo Foucault nos dice en su *Naissance de la biopolitique*, de los contrasaberes fragmentarios de la genealogía, convirtiéndolos en modos de subjetivación que sean prácticas de libertad, de indocilidad meditada, de inservidumbre voluntaria. Es necesaria una ética que nos provea de prácticas conducentes al ejercicio de la libertad y complete la labor genealógica. Y, precisamente, esta búsqueda ética positiva que Rodrigo Castro recorre en su texto, se realiza mediante una mirada retrospectiva a los modos de existencia ética que poseían los antiguos. Fundamentalmente, los estoicos y los cínicos. Foucault encuentra en un cierto modo de decir la verdad de los estoicos y los cínicos – parresía- un modo de vivir una vida filosófica que sea a la vez transformación de sí, libertad, resistencia y política. Ello, unido a una opción por una estética de la existencia que permita darse reglas a uno mismo para constituirse libremente, dibujan la clave de esta ética del cuidado de sí o de la libertad que busca desasirse del uno mismo a través de decir un tipo de verdad a la contra y darse reglas de existencia que permitan un cuidado de la propia libertad inseparable del cuidado de los otros. Y es aquí donde Rodrigo Castro comienza a cerrar la andadura foucaultiana abriendo la propia, muestra de un sólido compromiso con nuestro presente, mediante un enfoque praxeológico que tiene que ver con la utilización de las herramientas éticas foucaultianas en nuestro presente.

Una muestra de ello la podemos encontrar en la diferenciación, bien remarcada en el texto, entre prácticas de liberación y prácticas de libertad que posee una honda incardinación en la problemática del aquí y el ahora. Mientras que las prácticas de liberación corresponden al modo clásico de entender la libertad como oposición a una dominación flagrante, las prácticas de libertad nos remiten al modo en que se conducen los individuos libres. Y estas prácticas de liberación son el territorio de una ética de la existencia que Rodrigo Castro pretende rescatar como herramienta válida para nuestro presente. No se trata de creer en la liberación del hombre a

través de los saberes, los poderes o la sexualidad. El hombre libre debe ejercerse en libertad, y para ello debe tomar en consideración las sujeciones por medio de las cuales las relaciones de poder (y el bio-poder) lo objetivan, definen y normalizan. Es por ello que la tarea más ardua de la libertad es su ejercicio. Por los peligros que la asedian, por el desafío que representa querer, pensar y hacer libre en nuestro presente. Hoy en día, una vez acabados los sueños de emancipación, parece decirnos Rodrigo Castro, todavía nos queda una tarea quizás más apremiante que la revolución: la práctica de la libertad a través de los gestos a través de los cuales construimos un sí mismo refractario al poder, insumiso al fascismo, ajeno a cualquier dominación. Esta construcción ética, precipitado de la preocupación política por el poder, es una construcción individual. El recurso a la colectividad se vuelve problemático y, pese a que *Foucault y el cuidado de la libertad* nos recuerde que el cuidado de sí implica el cuidado de los otros, es necesario, desde la perspectiva de esta ética, renunciar a la comunidad tradicional y a la colectividad política. La política se transforma en ética, en ética de la resistencia individual basada en el cuidado de sí y del otro, pero la referencia al otro no es sino un modo de conducirse del uno mismo que recusa toda referencia ontológica a un nosotros. Ese nosotros futuro debe quedar necesariamente indeterminado, y su posibilidad debe mantenerse ajena a los ejercicios moldeadores del saber.

De ahí que *Foucault y el cuidado de la libertad* pueda ser entendido como una obra pedagógica destinada a la interioridad del lector. Pedagógica cuando nos muestra en qué medida el problema de lo que somos es precisamente lo que somos. Que la tarea ética primordial es deshacernos de nuestra identidad, perder el rostro, pero no para vivir como hombres grises y anónimos. Al contrario, la tarea de des-subjetivación no es sino el comienzo de las prácticas de libertad, el punto de partida de una ética que, trabajando sobre el cuerpo y los placeres, las actitudes, las reglas y la palabra, pretende una reconstrucción del sí mismo, una transformación interminable que será a la vez un arte de vivir y un arte de morir, o lo que es lo mismo, una vida filosófica. De ahí que se le exija al lector una interioridad, un substrato del cual desasirse, a partir del cual transformarse. Y esta interioridad es la que separa a Foucault de las llamadas a construirse a sí mismo liberales como la de Richard Rorty. Frente a individuos vacíos y cambiantes propios de nuestra sociedad de consumo, Foucault y el autor nos proponen individuos éticos y libres que se dan a sí mismo reglas morales para poder ser de otro modo, escapando al poder y a sí mismos.

De este modo, el desafío, o el enfoque praxeológico que nos propone Rodrigo Castro para medirnos con nuestro presente no es otro que la vida filosófica. Pero una vida filosófica consciente de los peligros, alejada de la docilidad, que encuentra en la destrucción nietzscheana de sí el momento para poder crear un rostro propio. Si la antigua ascesis se caracterizaba por rechazar las verdades objetivas y proponer una subjetivación de la verdad, la ética foucaultiana, en su arista más actual, nos emplaza ante la tarea de subjetivar el propio proceso de subjetivación. Una tarea estética, pero también política y, fundamentalmente ética. Porque, si prestamos

oído, quizás Foucault nunca haya dejado de hablarnos de cuestiones morales. La locura, la penalidad, la sexualidad, quizás no sean otra cosa que los hitos a través de los cuales se forma la moral occidental desde el poder pastoral hasta el biopoder. Incluso esos monstruos descritos por Foucault en obras como *La vida de los hombres infames* no son sino el reverso ético de la normalidad, extrañas singularidades que, como el poeta o el loco, apuntan al espacio liminar de nuestra moralidad. Es así como la cuestión ética se convierte en la tarea primordial de la vida filosófica y la práctica de la libertad se transforma en un cuidado de sí que implicará un hablar, un ver y un hacer íntimamente ligado con el otro. El desafío tiene que ver, entonces, con el modo de gobernarse a sí mismos que se dan los hombres libres en la práctica de su libertad. Y, en esta tarea de gobierno, la estética de sí no es sino un arma a utilizar en épocas de peligro. La resistencia al poder se transforma, finalmente, en un acto creativo sumamente cauteloso. Un acto creativo que ha pasado por una fase de destrucción y por una fase analítica en tanto aspira a integrarse en un presente peligroso. En una conferencia inédita en Berkeley en 1983, Foucault afirmaba que la tarea ética a realizar consistía en identificar los peligros, calibrar el potencial del enemigo. De este modo, una tarea ética anclada en el presente no puede renunciar a analizar pormenorizadamente las relaciones que le asedian y envuelven.

Con ello, la ética para un rostro de arena que nos propone Rodrigo Castro a partir de las reflexiones de Foucault sería una ética que poseería tres fases diferentes: analítica del presente, destrucción de sí y auto-creación tanto privada como pública. Elementos propios de la vida filosófica, del tipo de intelectual que pretende estar a la altura del presente y desconfía del saber, del poder y de sí mismo. Una ética para un rostro de arena, reza el subtítulo del texto. Una ética para conformarse un rostro poniendo en práctica la *libertas* tras el derrumbe de la razón, del sujeto y de la verdad.

En definitiva, estamos ante un libro que es, a la vez, un síntoma de salud filosófica, una excelente introducción a Foucault, un sólido análisis crítico de su obra y de la historiografía y, además, una apuesta por el presente. Una apuesta personal por continuar la labor de pensar, de la vida filosófica, en un aquí y ahora complejo. Sin duda, afirmar que la tarea ética del presente pasa por la desujeción y la creación de sí, muestra el impulso intempestivo que recorre el texto de Rodrigo Castro. Un libro didáctico y, al mismo tiempo, complejo, que resulta necesario para los investigadores dada la excelente contribución heurística y compiladora del texto, para quien desee introducirse en el marco del pensamiento foucaultiano y, por supuesto, para todo aquel que, como nosotros, siga pensando que pensar no es sino pensar de otro modo, ser de otro modo, acabar con ese que éramos antes de comenzar la tarea. Tan sólo nos queda esperar que el autor continúe la tarea emprendida a partir de este enfoque praxeológico y nos ofrezca en un futuro un libro de ética anclado en el aquí y el ahora, un libro de ética que desdiga los tratados morales de los profetas que pueblan nuestro universo aleccionándonos sobre el bien y el mal, un verdadero libro de ética que provenga de esa labor

meticulosa y gris que, pacientemente, da forma a la impaciencia de nuestra libertad. Libros y trayectorias como la del autor aquí reseñado nos obligan a esperar nuevos caminos que todavía pueden y deben realizarse.

Joaquín Fortanet  
SFP-UB